

mejor prueba de su desprendimiento de todo interés personal y de toda ambición del poder y de las grandezas del mundo fué que, cuando Conrado fué elegido para suceder á San Enrique en el Imperio, exclamó: «Está muy bien; ésta era la intención y la voluntad de mi augusto esposo y señor.» Y apresurándose á entregar al nuevo Emperador las joyas y las insignias del Imperio, dejó la corte y se retiró á Kaffung, cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn, á un convento fundado por ella. Tan pronto como se concluyó la obra de la iglesia del mismo convento, reunió en él un gran número de obispos para hacer su dedicación. Aquel día era el aniversario de la muerte de su santo esposo. Ella asistió á la ceremonia, orando y haciendo que todos orasen por el descanso de su alma. Ella estaba vestida con la mayor pompa; pero esto era sólo con el objeto de renunciar al mundo con la mayor solemnidad; porque, despues de la lectura del Evangelio, se quitó las vestiduras de emperatriz y tomó el hábito de religiosa, que éra una túnica muy pobre, que ella misma había hecho con sus propias manos. El obispo de Paderborn, despues de haberle cortado los cabellos, le puso el velo de las vírgenes y le dió el anillo bendito, signo de sus nuevas nupcias con el Rey del cielo. El pueblo, que llenaba la iglesia, testigo de esta escena de una mujer tan grande, colocada otras veces en un lugar tan elevado, del cual había descendido por amor de Jesucristo, no pudo contener las lágrimas. La emoción de una ceremonia tan tierna fué universal, el ejemplo muy grande y la edificación inmensa. Se ve, pues, que aquellas sublimes matronas, admirables por el modo con que llevaban la corona, lo eran todavía más por el modo con que la dejaban.

Santa Cunegonda, olvidando, despues de su consagración, su antigua grandeza, y haciendo los mayores esfuerzos para que nadie se la recordase, se condujo como la última de la comunidad, de que era fundadora, y como la sierva de las hermanas, cuya reina y cuya madre había sido. Despues de la oración y de la lectura de los libros santos, sus delicias consistían en cuidar á los pobres y en visitar y servir á los enfermos, conmoviendo con tales actos sus almas, al mismo tiempo que curaba sus cuerpos. Los enfermos se llenaban de admiración al ver convertida en sirvienta la misma que había sido su soberana. Á estos ejercicios de piedad para con Dios y de caridad para con los hombres, añadía Santa Cunegonda la

mortificación más severa de su carne virginal y todos los rigores de la más austera penitencia. De este modo pasó los quince últimos años de su vida. Todos la llamaban *la Santa*. No sólo la querían y la respetaban, sino que la amaban y la veneraban. No sólo se descubrían cuando ella pasaba, sino que se hincaban de rodillas. Al verla, creían ver un ángel del cielo que bajaba á la tierra, trayendo consigo la edificación, el socorro y la felicidad. No es posible pintar el desconsuelo de la comarca cuando se supo que *la Santa*, reducida al último extremo, iba á dejar la tierra para volar al cielo. Todos corrían al convento; todos lloraban, oraban, y no podían consolarse al pensar en la pérdida que iban á sufrir. En medio de la aflicción universal, habiendo recibido Cunegonda los sacramentos de la Iglesia, y haciendo que la acostasen en la tierra sobre un cilicio, permanecía tranquila y esperaba alegre su muerte. La única cosa que la afligió fué ver que preparaban un paño mortuorio bordado de oro para cubrir su cuerpo. No pudiendo ya hablar, dió á entender por señas que no lo quería, y fué necesario, para tranquilizarla, prometerle que la enterrarían sólo con su hábito de religiosa. El cuerpo de esta esposa virgen fué llevado á Bamberg, según ella había pedido, y se le dió sepultura al lado del Emperador su virgen esposo. Allí se obraron muchos milagros por su intercesión; pero el mayor milagro de Santa Cunegonda fué su vida de grande soberana y de humilde religiosa, que la hizo grande ante los hombres y en presencia de Dios; pero sólo el Catolicismo es el que puede obrar tales prodigios en una mujer.

§ XLIII.—Otras santas reinas en el resto de Europa.—Santa Dombrowka convirtiendo la Polonia, y, por medio de su cuñada, también la Hungría, al Cristianismo.—La reina Santa Eduvigis y sus virtudes.—La reina Santa Cunegonda, llevando sal en dote á Polonia.

Pero de todos los reinos cristianos que se formaron en Europa en la Edad Media, la Polonia es, á nuestro modo de ver, el que debe más á la mujer católica bajo el punto de vista político y religioso. Sí, la Polonia, ese reino tan célebre, lo mismo por sus grandezas que por sus desgracias, debe á una mujer ese catolicismo que ha

constituido toda su fuerza y toda su gloria (1); ésta es la princesa Dombrowka, que, siendo hija de un tirano, Boleslao, duque de Bohemia y verdugo de su propio hermano, el mártir San Wencelao, era, sin embargo, una fervorosa y generosa católica. Así fué que cuando le propusieron su matrimonio con Mieczyslao, duque de Polonia, pero todavía pagano, lo mismo que su pueblo, la virgen princesa dió esta noble respuesta: «No me conviene á mí, que profeso el Cristianismo, casarme con un idólatra; pero si Mieczyslao está dispuesto á abjurar las impurezas de los ídolos y á recibir el bautismo, no me niego á ello» (2). Pareciéndole al príncipe y á los grandes del país demasiado duro verse obligados á mudar de religion, dudaron por algun tiempo si aceptarían ó no esta condicion; pero la misericordia de Dios se compadeció de la Polonia, sumergida por tanto tiempo en el error, y Mieczyslao tuvo, al mismo tiempo que sus consejeros, una vision celestial, en la que se le hizo saber que, para su propio bien y el de su pueblo, debia acceder á la proposicion de la princesa Dombrowka; y habiendo cesado de este modo todas las dificultades, Mieczyslao, despues de haber sido bien instruido, recibió el bautismo en Gnesne, con la mayor solemnidad, en compañía de los principales barones, de los nobles y de todas las notabilidades de las ciudades, y se casó con la ilustre virgen que el cielo le habia indicado (3).

Mieczyslao era un hombre de carácter feroz y de costumbres di-

(1) Puede decirse tambien *toda la razon de su existencia*. Si hay alguna cosa cierta y visible respecto á los grandes destinos de los pueblos, es que en los designios de la Providencia la Polonia sólo ha existido como la barrera del Catolicismo contra las impiedades del cisma griego y contra la barbarie musulmana. Por consiguiente, si ella no es católica, si ella deja de tener su antigua adhesion á la causa del Catolicismo y de la Iglesia, no hay razon alguna para que no sea austriaca, prusiana, rusa ó turca. La Polonia no tendrá entónces razon para ser polaca. Abandonamos este pensamiento á los desventurados polacos, que esperan la resurreccion de su hermosa patria por otros medios que por una constancia á toda prueba en la fe católica. No se pueden concebir los polacos sino católicos. Siendo cismáticos, luteranos, socinianos, judíos, turcos ó filósofos, podrán ser todo lo que se quiera, excepto polacos.

(2) «Nuptiis de ineundo matrimonii fœdere interrogantibus ducalis virgo respondit: Non convenire professioni suæ christianæ, ut idolatræ nubat. Ubi tamen Miceslaus spurcitas idolorum abjecerit, et baptismi labacro unctus fuerit, non recussaturam.» (Dlugosius, *Hist. Polon.*, lib. II.)

(3) La *Historia de Santa Dombrowka* añade que por las oraciones de esta santa mujer tuvo su esposo la dicha de recibir la luz del cuerpo al mismo

soluto. Él tenia siete mujeres. Pero despues de su matrimonio con esta santa jóven, se hizo un cordero y un modelo de fidelidad conyugal. Sólo encontraba placer en las prácticas de piedad, y no tenia otro mayor deseo que el de propagar el Cristianismo en sus estados; apénas fué discípulo de la religion, cuando se hizo el apóstol de ella. Además, animado continuamente por los consejos y las exhortaciones de su santa compañera, publicó un edicto muy severo, en el que mandaba que en un día señalado (éste era el domingo cuarto de Cuaresma del año que empezaba entónces) se procediese á la destruccion de todos los templos de los falsos dioses y de todos los ídolos que se encontrasen en toda la extension de su ducado: lo que se ejecutó con exactitud. Él fundó siete obispados y las dos sillas metropolitanas de Cracovia y de Gnesne. Él edificó una multitud de iglesias, á las que la piadosa Duquesa, rivalizando en generosidad y en celo con su santo esposo, y despojándose de todo cuanto tenía, proveyó de vasos sagrados, de ornamentos y de todo lo necesario para la celebracion del culto católico (1). Este ejemplo de los príncipes fué seguido muy pronto por toda la aristocracia y la nobleza del país; todos iban á porfía á ver quién se mostraba más celoso en edificar iglesias y conventos, y más generosos en dotarlas. De este modo, por el celo de Mieczyslao y de su esposa, toda la Polonia se hizo al mismo tiempo cristiana (2).

tiempo que la del alma, porque, siendo ciego, recobró la vista al tiempo de recibir el bautismo.

(1) «Providebat, pro vice sua, singulas ecclesias à viro suo fundatas, vasis apparatusque ad cultum necessariis; universa quæ potuit habere erogabat, cum viro suo de liberalitate et largitione certans.»

Ocupada la piadosa princesa en hacer florecer el Cristianismo en Polonia, no por eso se olvidó de Bohemia, su patria. Porque, afligida de ver que en aquel país querido, cristiano mucho tiempo ántes, no habia ni una silla episcopal (el ducado de Bohemia formaba entónces, en lo espiritual, parte de las diócesis de Mayenza y de Ratisbona), mientras que habia siete en la Polonia recién convertida, insistió tanto con su hermano Boleslao y con la santa virgen Mlada, su hermana, que al fin se fundó la iglesia catedral de Praga. Por lo demas, éste no es el único ejemplo del celo de la mujer católica en multiplicar los obispados, verdaderas fuentes de la civilizacion y verdaderos baluartes de la fe de los pueblos. Otra multitud de obispados en toda Europa fueron en la misma época el pensamiento y la obra de las mujeres.

(2) «Quorum universa baronitas et nobilitas æmulata mores et vestigia eodem tempore universa Polonorum regio studio Miceslai et consortis suæ fidem catholicam suscepit.»

La conversion de la Polonia, país tan importante por el carácter noble de sus habitantes como por la posición que ocupa, fué uno de los más grandes acontecimientos de la Edad Media, por el que los demás pueblos de la Europa y la Iglesia misma deben dar continuas gracias á Dios y á la mujer sublime (1) por cuyo medio se dignó Dios obrarlo. Esta fué una poderosa barrera que se levantó entónces para proteger el resto de Europa y ponerla al abrigo de las invasiones de los bárbaros. De todas las naciones slavas, la Polonia es la única que ha permanecido constantemente católica, y ha defendido el Catolicismo como el elemento más sólido de su nacionalidad y como la única religion verdadera. El estandarte de la fe católica, desde que fué enarbolado allí por la mano de una mujer, ha permanecido siempre firme, formidable para sus enemigos, amenazador para sus opresores, amado de todos los católicos y bendecido por la Iglesia.

La mision apostólica que la santa princesa Dombrowka ejerció en Polonia no fué útil tan sólo á aquel reino. Mieczyslao, su esposo, tenía una hermana que, cediendo á sus instancias, y movida por sus ejemplos, se habia hecho cristiana y habia tomado el nombre de Adelaida. Ésta contrajo matrimonio con Geisa, jefe ó rey de los húngaros, pagano tambien como todo el vasto país de su dominacion. Pero Adelaida habia aprendido en la corte de su hermano, en la escuela de su cuñada, lo que debe hacer una princesa cristiana para atraer al Cristianismo á su esposo y á todo su pueblo. Ella concibió esta idea y la llevó á efecto. La mujer católica puede cuanto quiere. Al principio sólo predicó ella con sus ejem-

(1) Esta incomparable mujer, no sólo consiguió hacer la Polonia un país católico, sino que inspiró á sus nobles y á sus jefes su celo por la defensa del Catolicismo, é hizo de ella desde entónces lo que fué hasta la division que hicieron de aquel país, es decir, el *ejército volante de la Iglesia*, para acudir donde quiera que el Cristianismo amenazado tenía necesidad de un poderoso auxilio. De esta Reina data igualmente la hermosa costumbre por la que en otro tiempo la nobleza polaca asistia en corporacion los domingos á la misa mayor, y al tiempo de cantar el Evangelio se levantaba, sacaba la espada, y la tenía desenvainada hasta que el coro pronunciaba las palabras *Laus tibi, Christe*; dando á conocer por este acto, dice el historiador ántes citado, que aquellos nobles estaban dispuestos á pelear con intrepidez y valor en defensa de la verdad evangélica, y morir por ella si era necesario: *Demonstrantés eo actu se pro defensione veritatis evangelicæ intrepidè et strenuè pugnaturos, et si oporteret, mortem etiam appetituros.* (Loc. cit.)

plos, y con el hermoso espectáculo de su vida piadosa, pura y santa entre hombres corrompidos y sacrilegos, abrió los ojos y movió los corazones de su esposo y de todos los grandes del reino, les hizo conocer la luz divina de la santa fe católica, y excitó en ellos el deseo de abrazarla (1). En seguida invitó á los santos y celosos sacerdotes que ella, *la mujer bendita*, como la llama el historiador, habia llevado expresamente de Polonia para que predicasen el Evangelio en todas partes y aun en la corte misma; y por su predicacion continua, y más aún por sus propias lágrimas y por sus propias oraciones, tuvo la dicha de ver que el Rey, su esposo, y todos los nobles y los barones, movidos por la gracia, abjuraron el paganismo y se hicieron cristianos (2). El ejemplo de los grandes fué seguido muy pronto por el pueblo. Así fué que, bajo la direccion de la Reina, prodigio de sabiduría y de celo, la mayor parte del reino de Hungria recibió el bautismo (3). El autor de estas maravillas que la mujer católica obró en aquellos pueblos bárbaros que eran el azote de la Europa, hace en este lugar la siguiente observacion, que se refiere á nuestro propósito: «Por un rasgo admirable, dice, de la misericordia del Altísimo, la conversion de dos grandes pueblos se efectuó por medio de dos mujeres, porque en la misma época la verdad católica brilló á los ojos de los polacos por la bohemiana Dombrowka, y á los de los húngaros por la polaca Adelaida. Pero estas mujeres, no sólo convirtieron á la verdadera fe, sino que iniciaron en la verdadera santidad y en la verdadera devoción á dos príncipes y dos nobles naciones. ¡Cuán grandes son los designios de la bondad divina, en haberse servido del ministerio de estas dos mujeres para abrir los caminos de la salvacion eterna á aquellos dos grandes países! Porque no debemos olvidar que la princesa Dombrowka fué madre de Boleslao el Grande, el valiente

(1) «Adelaida, veluti femina religiosissima, cœpit magnæ devotionis et sanctitatis specimén præbere, quamvis inter sacrilegos et profanos homines versaretur, et tam virum suum, quam proceres et nobiles ad fidei sanctæ catholicæ agnoscendum et amplectendum lumen invitavi.» (Dlugosius, loc. cit.)

(2) «Quorum assidua doctrina, et consortis suæ precibus et lacrymis per victis, cum primoribus et baronibus fidem sanctam suscepit.» (Dlugosius.)

(3) «Dirigente providentissima conjuge, major regni pars sacra baptismi fonte abluitur.» (Ibid.)

defensor de la Polonia, y la princesa Adelaida fué madre de San Estéban, el gran rey de Hungría.» (*Dlugosius.*)

El mismo historiador refiere tambien que, miéntras que la santa princesa Adelaida y el rey Geisa hacian prodigios de celo para convertir la Hungría, y estaban desconsolados por no poder conseguir sino en parte tan grande empresa, quiso Dios consolarles de una manera admirable. Ellos tuvieron en un mismo dia una vision, en la que, habiéndoseles aparecido el protomártir San Estéban, les dijo que tuviesen valor, porque tendrian un hijo á quien llamarian *Estéban*, el cual acabaria la obra de Dios, que ellos habian comenzado, de establecer el Cristianismo en todo su reino. De este modo fué anunciada y preparada la gran mision de San Estéban I, rey de Hungría, de quien hemos hablado ya, y que él cumplió con el auxilio de la santa princesa Gisela, hermana de San Enrique.

Pero no debemos dejar la Hungría sin tributar un pequeño homenaje á Santa Isabel, una de sus santas reinas y de sus mayores glorias. Caminando por las huellas de su ilustre tia Santa Eduvigis, patrona de la Polonia, se hizo, no sólo la madre de los pobres por excelencia, sino sierva y criada de ellos. Por amor de ellos se despojó de todo, aún de sus piedras preciosas, aún de sus alhajas, de su vajilla y de su dote. Creyendo ver á Jesucristo en ellos, les tributaba una especie de culto religioso; ella les servía de rodillas; ella les besaba los piés, y todo lo que los pobres habian tocado era sagrado para ella y lo miraba como una reliquia. Todas las demás virtudes estaban en ella á la altura de su caridad. Su regio esposo le debió su santificacion, y su pueblo largos dias de paz y de felicidad. Nada más dirémos de esta Reina, uno de los más grandes y admirables prodigios de la gracia del Cristianismo, una de las mayores maravillas de la monarquía cristiana. Porque, ¿qué podriamos nosotros decir de ella, que no haya sido dicho en un estilo tan noble y tan elevado como su objeto, por el genio de M. Montalembert, en su *Vida de Santa Isabel*? Pueden ver, por consiguiente, esa bella y deliciosa obra, una de las más notables de la literatura moderna, aquellos de nuestros lectores que quieran saber la venturosa influencia que la caridad y las demás virtudes de Santa Isabel ejercieron sobre sus pueblos, y contemplar en toda su magnificencia aquella espléndida figura del siglo XIII, cuya vida forma el orgullo de un gran pueblo y la admiracion y la edificacion del mundo.

La Polonia se gloria tambien de otra sublime princesa, Santa Eduvigis. Habiendo sido coronada reina de este país por su matrimonio con Enrique, duque de Silesia y de Polonia, hizo la felicidad y la ventura del mismo por los sentimientos propios de un perfecto príncipe que supo inspirar á su regio esposo. Habiendo caído Enrique, su esposo, durante las guerras de los príncipes de Polonia, en manos de su tío Conrado, duque de Moravia, que le hacía la guerra, Enrique II, el hijo mayor del prisionero y de Santa Eduvigis, reunió un ejército para poner en libertad á su padre. Santa Eduvigis le disuadió de este pensamiento, haciéndole ver que podia poner en peligro los preciosos dias del mismo á quien queria librar; y tan afectuosa como sábia, se presentó ella misma sin armas en Moravia, y con la fuerza de su persuasion y de su modestia obtuvo la libertad de su amado esposo, que en vano hubiera tratado de obtener por la fuerza de las armas, y restableció la paz entre los dos príncipes.

Después de haber tenido algunos hijos, persuadió á su esposo á que viviesen en continencia perpétua, á lo cual se obligaron por un voto con la bendicion del obispo, y vivieron así cerca de treinta años. La profesion de la castidad en el matrimonio entre las princesas reinantes era una cosa comun en aquella época. Siendo todavía jóven, se hizo admirar principalmente por su aversion al fausto, por su liberalidad con las iglesias, por su caridad con los pobres, por el rigor de su penitencia y por su fervorosa piedad, y sobre todo, por su celo en hacer que reinase la verdad y la misericordia, la paz y la justicia en sus estados.

Habiendo pasado los tártaros el Dnieper en 1240, cayeron sobre la Polonia, y llenaron de espanto al resto de Europa. Santa Eduvigis, que acababa de perder á su esposo, envió á su hijo, Enrique II, para que rechazára á los bárbaros. Él pereció en el combate, después de haber hecho prodigios de valor; pero la resistencia formidable que el enemigo encontró en los polacos, le hizo retroceder, y le quitó por mucho tiempo el deseo de renovar sus excursiones en Europa. La Santa, en vez de afligirse por la muerte de su hijo, recibió la terrible noticia con la firmeza de una heroína cristiana, exclamando: «¡Dios mio, yo os doy gracias por haberme hecho madre de un hijo que ha sabido morir mártir de vuestra religion y de su patria!» (*Vit. B. Eduv.*) Ella fundó en Trebniza un

monasterio de religiosas, en el que ofreció á Dios á su propia hija Gertrúdis. Ella habia encargado á aquellas religiosas la educacion de las jóvenes pobres, á quienes dotaban cuando llegaba el tiempo de casarse. Aun en vida del Duque, quien por su parte vivia como un religioso sin haber hecho profesion de tal, fijó ella su morada en aquel convento, y tomó en él el hábito, aunque sin profesar, con el fin de tener la libertad de visitar á los enfermos y de socorrer á los pobres con sus bienes. Su convento daba de comer diariamente á mil pobres. Gobernado el país por estos dos santos, conservó la paz, y el pueblo fué feliz. Ninguna princesa mostró más sencillez ni más humildad en el trono; lo que, léjos de rebajarla, la hizo el ídolo de sus súbditos y la admiracion del mundo. La Polonia tiene, por consiguiente, mucha razon para honrar é invocar á Santa Eduvigis como á su patrona. (*Brev. Rom.*)

Sentimos no poder consagrar algunas palabras á la amada y amable Santa Cunegonda, que cincuenta años despues de Santa Eduvigis ocupó el trono de Polonia. Ella era un ángel de belleza, de pureza y de bondad. Antes de dejar la Hungría para ir á casarse en Cracovia con Boleslao, duque de Polonia, llamado *el Casto*, el Rey su padre, Bela IV, le preguntó qué queria llevar en dote, y Cunegonda le respondió: «Padre mio, yo no quiero oro ni plata ni piedras preciosas, adornos vanos de los ricos, de los que yo no necesito; yo no quiero llevar más que *sal*, que es necesaria en los pueblos que voy á adoptar por hijos.» Porque en efecto, la Hungría abunda en minas de sal, y en la Polonia no las habia, ó al ménos no se conocian. Habiéndole dado el Rey el permiso para hacer cuanto quisiese, se fué á una de las salinas de Hungría y arrojó su anillo nupcial en las profundas excavaciones que hizo practicar en ella. Habiendo llegado á Polonia, se trasladó á Wieliezka, hizo cavar la tierra, y despues de haber dado algunos golpes se descubrió una mina de sal, y en el primer pedazo que sacaron de ella encontraron el anillo de la princesa. Esta era la misma mina de Hungría donde ella habia mandado hacer algunas excavaciones, y que habia pasado á Polonia con el anillo que la princesa habia echado en ella. Los incrédulos, para quienes no es posible que el Autor de la Naturaleza obre semejantes prodigios por las oraciones de sus santos, se mofarán tal vez de éste. Nosotros no queremos violentar la flaqueza de su espíritu. Nos contentamos con exigir de

ellos que admitan lo que es incontestable, á saber: que á Santa Cunegonda se debe al ménos la explotacion de las salinas de Wieliezka, y que una santa reina fué quien proporcionó á sus pueblos la sal, uno de los artículos de primera necesidad, especialmente para el alimento de los pobres.

Á la celebracion de su matrimonio puso ella por condicion la continencia durante el primer año, condicion que hizo renovar todos los años, y de este modo aquellos santos esposos permanecieron vírgenes toda su vida. Es inútil añadir que toda la vida de esta princesa fué un sacrificio contínuo á la felicidad de sus pueblos, hasta el punto de haberse despojado de su dote para levantar un ejército contra los tártaros, que acababan de hacer una nueva incursion en la Polonia en un momento en que se encontraba sin recursos y sin defensa. Es inútil tambien añadir que esta admirable princesa cubrió las ciudades de Polonia de establecimientos de piedad y de beneficencia. Esto nada tiene de admirable en un alma toda celestial, poseida enteramente por el amor de Dios y de los hombres. (*Dlugosius, Vie de Sainte Cunégonde, et Bollandus, Act. SS.*) Así es como la mujer católica comprendia la soberanía en aquélla época de fe, en que los pueblos vivieron más tranquilos y más felices.

§ XLIV.—Otra Santa Eduvigis convirtiendo la Lituania y constituyendo la gran monarquía y la gran nacionalidad polaca.—Cuadro de las grandezas y de las virtudes de esta matrona.—Diversos pueblos no pueden ser reunidos en un solo pueblo sino por la unidad de la religion y por el goce de unos mismos derechos.—Proporcionar á los pueblos estas ventajas ha sido el trabajo de la mujer católica.

Pero la verdadera Santa Clotilde de la Polonia fué otra Eduvigis, á quien los escritores de aquel reino llaman *santa*, aunque no ha sido canonizada por la Iglesia. Todos los historiadores la representan como la mujer más bella, y tambien la más piadosa, la más sábia y la más espiritual que hubo entónces en Europa. A los diez y ocho años causaba la admiracion de todos los que la veian, tanto por la cultura de su espíritu, por la bondad de su alma y por la nobleza de su carácter, como por los encantos de su rostro y las gracias de sus modales. Así fué que cuando su madre Isabel, reina